

país lejano sólo buscaba una falsa gloria, una conquista ficticia embellecida con recuerdos clásicos y bellas declamaciones humanitarias.

Acompañado de 36,000 soldados, á cada uno de los cuales había prometido á la vuelta de la expedición «con qué comprar seis arpentas de tierra»¹, Bonaparte obtuvo al principio fáciles victorias. Después de haberse apoderado de Malta de una manera desleal y haber podido escapar á la persecución de los barcos ingleses, pudo erigirse en enviado de Alah, en favorito de Mahoma, en taumaturgo dominador de la gran serpiente salida del pie de la columna de Pompeya²; pero los malos días sucedieron al triunfo rápido: la flota francesa fué aniquilada por Nelson en las aguas de Aboukir y el ejército fué á chocar inútilmente contra los muros de San Juan de Acre; después de una campaña horrible por sus crueldades, que Bonaparte, convertido temporalmente en déspota oriental, como un Timur ó un Murad, creía indudablemente permitidas en aquel país alejado de Europa, huyó, abandonando su ejército, y, logrando engañar la vigilancia de los barcos ingleses, desembarcó en Francia para presentarse de nuevo como el «Hombre providencial».

El ejército de Egipto quedaba necesariamente perdido, no pudiendo sostenerse más que á condición de sacrificar toda esperanza de regreso y acampar resueltamente sobre la tierra conquistada para constituirse en ella en Estado independiente, á la manera de las bandas de la Edad Media; pero los soldados franceses tenían empeño en volver á su patria, encontrándose así condenados de antemano á la capitulación, puesto que el mar estaba ocupado por los Ingleses. El recuerdo de la admirable expedición desapareció como un espejismo, no quedando de ella más que las memorias preciosas y el monumento elevado por los 175 miembros de la «Comisión de las Ciencias y de las Artes». Aquellos sabios que habían acompañado á los regimientos hasta la primera catarata para estudiar el suelo, el clima, las inscripciones, las estatuas, las tumbas y todo lo que quedaba de la antigua civilización egipcia, representaban sobre la tierra de Africa el impulso triunfante del espíritu del siglo XVIII,

¹ Proclamation du 3 Floréal, an VI.

² Entrevista de Bonaparte... y de varios muftis é imanes en el interior de la gran Pirámide... el 25 Termidor, año VI.

convertido en voluntad, gracias á la Revolución francesa. Ese concurso de investigaciones inteligentes debía llegar á la reconquista de toda una historia pasada que se creía enterrada para siempre.

N.º 436. Egipto y Siria de Bonaparte.



1 : 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

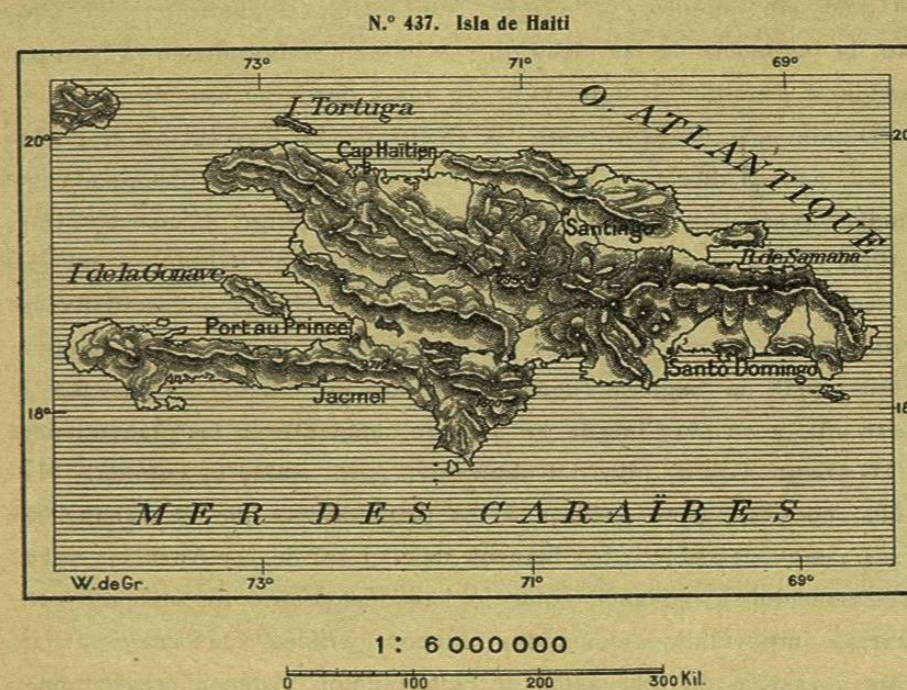
La piedra descubierta en Rosette, y que los azares de la guerra transportaron al *British Museum*, merced á la inscripción trilingüe, puso á los investigadores en la vía de la interpretación de los jeroglíficos, y poco á poco, de inscripción en inscripción, de manuscrito

en manuscrito, se han revelado los anales del mundo antiguo. Las investigaciones de la Comisión de Egipto, de tan feliz iniciativa para el conocimiento del pasado, tuvieron una parte menor en la preparación del porvenir. Las medidas de nivelación efectuadas por Lepere para establecer la posibilidad de la construcción de un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo dieron resultados negativos, cuyo error pudo felizmente evidenciarse cincuenta años después. Según el geodésico de la expedición, el nivel del golfo de Suez era cerca de 10 metros (9,908) superior al de las aguas pelusianas; para evitar la inundación de las playas del Mediterráneo hubiera sido preciso limitarse á construir un canal con esclusas desde el Nilo al mar Rojo. No importa, el mundo africano formaba ya parte de la zona de atracción europea, y, menos de tres cuartos de siglo después de las fastuosas é inútiles batallas de las Pirámides y del monte Tabor, Egipto volvía á ser la gran puerta comercial del Mundo Antiguo como en tiempo de los Faraones y de los Ptolomeos.

La Revolución francesa había de tener también su eco al otro lado de la Tierra. Sin embargo, la nueva república de los Estados Unidos, muy inglesa de mentalidad y de moral, apenas podía dejarse influir por un movimiento revolucionario que tenía por objeto nada menos que la proclamación de los Derechos del hombre. Habiendo conquistado su independencia gracias á los aliados franceses que se presentaron con Lafayette y Rochambeau, no tuvo el mal gusto de romper completamente con la nueva república, pero adoptó una gran reserva que el menor incidente hubiera cambiado en hostilidad. La simpatía fué mucho mayor en los pequeños grupos de la burguesía criolla, formados en Méjico, Lima y Buenos Aires, donde les alcanzaba la influencia de la filosofía de los enciclopedistas. Sin embargo, esos grupos eran de escasísima importancia numérica para que sus simpatías pudieran transformarse en actos, y no hubo sublevación de tendencias republicanas más que en las colonias portuguesas del Brasil, donde el generoso Tiradentes, con algunos estudiantes y oficiales trató en vano de proclamar la independencia nacional en 1789, el año mismo que en Francia vió caer la Bastilla. La revolución se produjo cerca de un siglo después.

En cuanto á la gran insurrección peruana, la que dirigió Tupac

Amaru «Culebra resplandeciente» y que estalló en 1780, dos años antes que la independencia de los Estados Unidos fuese definitivamente reconocida, no fué en manera alguna una rebeldía cuyo objeto fuera la emancipación nacional: aunque provocada por un insostenible régimen de opresión, fué en el fondo una guerra dinástica



Durante el siglo xvii se establecieron unos colonos franceses al noroeste de la isla, y el tratado de Ryswik (1697) reconoció la división de Haiti entre Españoles y Franceses. Estos adquirieron la mitad española en 1795. Cuando fueron expulsados los Franceses se formaron Estados rivales. Desde 1844, las dos repúblicas de Santo Domingo y de Haiti poseen cada una la mitad de la isla, Este y Oeste, con Santo Domingo y Puerto Príncipe por capitales.

encaminada sencillamente á un cambio de dueño por la reconstitución del poder de los Incas. Las condiciones mismas de esa insurrección, que fué muy rápida y muy atrozmente reprimida, prueban cuán poco comparables entre sí eran entonces los medios de la América septentrional y los de la América del Sud. En tanto que los colonos de lengua inglesa, por haber hecho en su rededor una zona limpia de indígenas, no tenían que temer una liga de tribus indias que pudiera poner en peligro su absoluta dominación, los descendientes de los conquistadores, por el contrario, vivían en todas las partes de su inmenso territorio en medio de la multitud de las poblaciones so-

métidas: se hallaban inmediatamente frente á un elemento étnico movido contra ellos por el odio y el rencor, y menos enemigo de la España lejana que de los hijos de España, sus opresores directos. Por una confusión de perspectiva, debida á la proximidad de los dos continentes americanos, algunos escritores han buscado causas análogas para movimientos de origen completamente distinto. En todo caso, la influencia de las ideas que se habían elaborado en la Europa occidental durante el siglo XVIII no tuvo participación alguna.

Donde más se hizo sentir el efecto de la Revolución francesa de una manera directa y poderosa, fué en la gran isla designada en aquella época bajo el nombre de Santo Domingo y en las otras Antillas que pertenecían políticamente á Francia. Sabido es que en la Española y en los primeros años de la ocupación castellana se introdujeron negros africanos como esclavos. En 1517, la importación anual de negros, regularizada por un edicto, se elevaba á cuatro mil, y en 1522 fueron en número suficiente en las plantaciones de D. Diego Colón, hijo del almirante, para asolar la colonia. Ha solido repetirse, para excusar á los plantadores, que el trabajo de la tierra era imposible á los blancos bajo el sol de las Antillas; pero esa afirmación es inexacta, como lo han demostrado los mismos propietarios, importando «ajustados» blancos, pedidos á la madre patria, y que á cambio de los gastos de manutención y de un escaso salario, prometían trabajar para su patrón durante cierto número de años. Sin embargo, el régimen de la esclavitud africana se sobrepuso á todos los demás medios de trabajo, y los tratantes del Senegal y otras sociedades privilegiadas, inglesas, holandesas y francesas rivalizaron en celo en los siglos XVII y XVIII para la entrega de bellas «piezas de India» á los propietarios establecidos en las Antillas. Los plantadores franceses que, en la parte occidental de Santo Domingo, habían reemplazado á los Españoles, tuvieron pronto fama de poseer el mejor ganado humano, adquirido, como el de las demás colonias, por la astucia y ferocidades monstruosas. El «ciudadano» Duceurjoly, en su precioso *Manual de los Habitantes de Santo Domingo*¹, París, año X, se complace en describir los «cuatro medios

¹ Citado por A. Cone, *Nos Créoles*, ps. 24, 29.

más generalmente empleados para procurarse los negros necesarios para el cultivo». El primer medio, «y el más productivo», era el raptó. La manera de proceder era sencilla. «Ocúltanse algunos individuos en los bosques ó cerca de los caminos, esperando al conñado viajero, como el cazador espera la tímida presa; otros se emboscan en los campos de arroz y se apoderan de todos los niños que se ponen allí para espantar los pájaros; hay también quienes se sitúan cerca de



Cl. P. Sellier.

UNA AZUCARERÍA EN SANTO DOMINGO

1. Molino. — 2. Hornillos y calderas. — 3. Moldes. — 4. Vinagrera. — 5. Cañas de azúcar. — 6. Cocoteros. — 7. Palmeras brasileñas. — 8. Pajomirioba. — 9. Coles del país. — 10. Chozas de negros. — 11. Higuera.

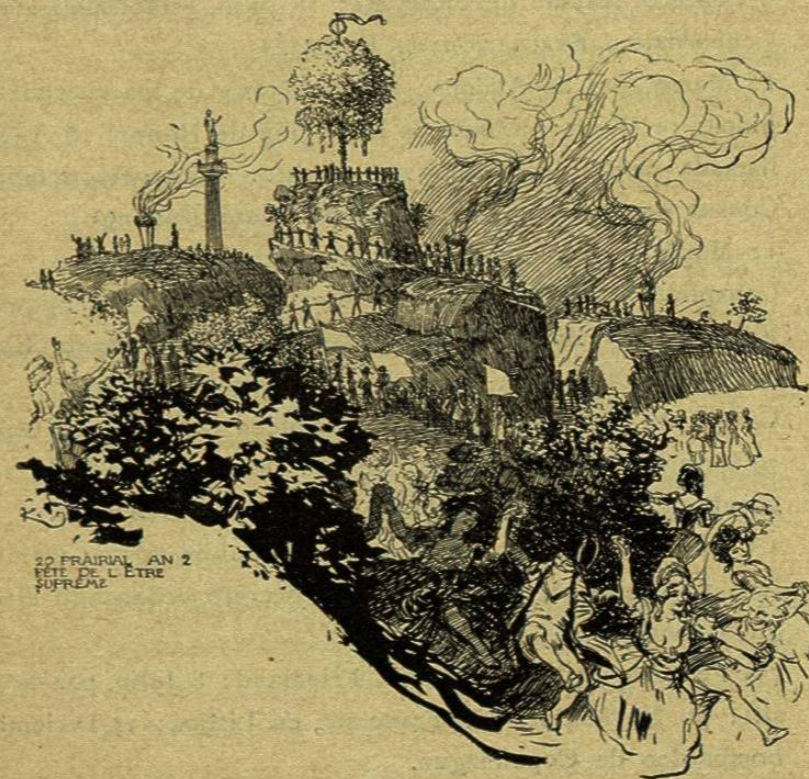
los manantiales y prenden á todos los desgraciados á quienes la sed obliga á acudir allí á beber, ó cerca de las bahías, para recoger á los que se dedican á la pesca para su alimento. Pero el puesto más ventajoso está en los prados, cuando la hierba está alta, ó cerca del sendero que comunica dos aldeas entre sí». Otro medio para procurarse esclavos, consiste en encender la guerra entre los soberanos de la Guinea. «Los vencidos que escapan á la muerte son condenados á la esclavitud... Llegan barcos, los jefes de tribus marchan en seguida á la conquista de algunos cantones, queman las poblaciones, devastan los campos y llevan cautivos todos los habitantes, á menos que, víctimas de su avaricia, no se conviertan ellos mismos en presa del tratante».

En tercer lugar puede «excitarse á varios soberanos contra sus propios súbditos». Por último, el medio final y más ingenioso es «reemplazar las antiguas penalidades impuestas por crímenes y delitos entre las naciones negras por la pena única de ser reducido á esclavitud y vendido... Se multiplicaron los crímenes para multiplicar los culpables. Los soberanos tenían gradaciones sutiles en los delitos para establecer los correspondientes castigos; estatúan que los delitos graves costarían la libertad, no sólo á los culpables, sino á todos los varones de su familia, á su familia entera, á sus amigos y tan lejos como quisieran extender su rigor despótico. Se vendían también los deudores insolventes, y en la costa los mercaderes tenían reservas de niños con los que traficaban en cuanto llegaban á la edad del trabajo.

Semejantes atrocidades debían conmover á la nación que, por sus representantes, acababa de proclamar los Derechos del hombre con delirante entusiasmo. Y sin embargo, apenas se levantaron algunas tímidas voces en pro de aquellos negros, ¡los más oprimidos entre los hombres! Lo que se llama los «derechos adquiridos», es decir, los crímenes tradicionales, se imponían á los filósofos más generosos; no se osaba tocar á la propiedad de los nobles y fastuosos sátrapas que tan fácilmente ganaban millones con el trabajo ajeno, y á quienes se había visto á veces en París abrir tan generosamente la mano; no se osaba despojar á tan poderosos aristócratas, pero éstos, cuya conciencia no estaba tranquila, protestaban de antemano contra una expropiación que parecía lógicamente inevitable y comenzaban ante todo la persecución cruel contra los hombres libres de color que se permitían reivindicar su derecho al voto: el mulato Vicente Ogé, en castigo del delito de haber querido votar, sufrió el suplicio de la rueda. El furor de los propietarios se convirtió en locura cuando la Asamblea Constituyente, en 1791, sin cuidarse del derecho de los negros, creyó, no obstante, que debía conceder á las gentes de sangre mezclada, nacidos de padre y de madre libres, el privilegio de formar parte de las asambleas coloniales. Entonces la mayoría de los blancos de Santo Domingo decretó la separación de Francia, culpable de haber promulgado la «Declaración de los Derechos del hombre», y así como los emigrados de Coblenza se aliaban á los Prusianos y á los Imperiales contra la Revolución, así también, y bajo la presión

de los intereses de casta, los plantadores de Santo Domingo se hicieron Ingleses ó Españoles contra la madre patria.

Los negros se agitaban á su vez como se habían agitado los hombres de sangre mezclada ya libres, y, tomando el negocio de su emancipación en sus propias manos, se emanciparon por sí mismos, cazando y matando á sus amos. Entonces, pero sólo entonces, la República francesa, reconociendo el hecho consumado, proclamó, aunque tarde, la igualdad de las razas ante el derecho humano. El representante Santhonax, que anunció la buena nueva, fué rodeado y adorado como un dios. Un ejército de negros, dichosos y libres, se precipitó á la conquista de todo el territorio de la isla, de donde expulsaron á Ingleses y Españoles. Se ha solido injuriar después á los que, á ejemplo de Dupont y de Robespierre, dicen: «¡Perezcan las colonias antes que un principio!», pero aquella vez, precisamente por observar el principio, la República conservó triunfalmente su colonia y hasta dobló su extensión, y algunos años después, por haber violado el principio se perdió definitivamente la colonia para Francia.



20 FRAIRIAL AN 2
FÊTE DE L'ÊTRE
SUPRÊME